

Volver a sus parapetos
Quieren, al fin, los de Chalco.

Mas ya coronan el muro,
Después de haber arrollado
A las huestes defensoras
De las orillas del lago,

Los de México y Tacuba,
Y al acercarse acosados
Aquellos indios, reciben
Lluvia de flechas y cantos.

Como en remolino un punto
Al pie del muro vagaron;
Y, al ver que al frente y la espalda
Tienen al mismo adversario,

La serie quizá recuerdan
De los funestos presagios,
Juzgan la defensa inútil,
Ceden, tal vez, al cansancio:

Lo cierto es que allí se rinden
Al vencedor inhumano,
Y éste, según la costumbre,
Entró la ciudad a saco.

En la espesura del bosque
El tiranuelo entretanto,
Presa de hondísima angustia,
Trata de ocultarse en vano.

Volviendo para Texcuco
Ajoquentzin que, guiado
Por la princesa, los cuerpos
Entró a sacar del palacio,

Y los conduce en tapextles
En hombros de los esclavos,
Para darles sepultura
Decente en el suelo patrio;

La abandonada litera
Divisa en el monte, a un lado
Del camino, y que no lejos
El monstruo estará, juzgando,

Intérnase y escudriña
Grutas, malezas y cuanto
Servir de refugio puede
A quien teme fin aciago.

De su empresa ya desiste
Y va a retirarse, cuando
Del sendero en un recodo
Halla al viejo al pie de un árbol.

Cércanle algunos guerreros,
Ponen flechas en los arcos
Y sobre el joven disparan
Y yerran todos el blanco.

Ajoquentzin el miquáhuil
Audaz empuña y, de un salto,
Contra los chalqueños cierra
Y a dos hiere de alto abajo.

Huyen los demás, y entonces
Asiendo al señor baldado
Por los cabellos, le arrastra
Sin compasión trecho largo

Hasta el pie de los tapextles,
Donde con mortal desmayo
De sus víctimas el rostro
Mira el verdugo aterrado.

El vengador juzga inútil
Usar la espada, y en brazos
Tomando al viejo, le alza
Y estrella contra un peñasco.

Allí su cadáver deja
Para que sirva de pasto
A las aves de rapiña
Y de escarmiento a los malos.

Torna a seguir su camino
Y entra a Texcuco, llevando
De los príncipes los restos,
Cuando el sol muere en Ocaso.

El botín se repartieron
Los tres pueblos coligados,
Y hace con el territorio
México el suyo más vasto.

Al volverse Moctezuma
Con insólito boato,
Lleva insignias y cautivos
Que inmola a sus dioses falsos;

En el templo, a la intemperie,
Como trofeos dejando
En sarta horrible suspensos
De vigas altas los cráneos.—

Así acabó en pocas horas
El señorío de Chalco,
Y así los pueblos acaban
Que, sin respeto a sus pactos,

Huellan justicia y decoro
Por complacer a tiranos;

Y así los crímenes destos
Pagan también los Estados.

Son dichosos y prosperan
Los pueblos, por el contrario,
Si sus destinos presiden
Varones justos y sabios.

De tal verdad vivo ejemplo
Nos da Texcuco en sus fastos
Que posteriores desdichas
Jamás empañar lograron.

Nezahualcóyotl prudente
Rige allí con cetro blando,
Leyes admirables dicta
Y ajusta a ellas sus actos.

De la idolatría ciega
Desprecia los ritos bárbaros;
Presiente a Dios y prohíbe
Los sacrificios humanos.

Alza al Criador del cielo
Torre altísima de mármol
Y a ciertas horas del día
Se postra para adorarlo.

Premia la virtud, la ciencia,
Castigo impone al malvado;

Caritativo establece
Para los pobres abastos.

Si déjanle tiempo libre
Del gobierno los cuidados,
Ora examina las plantas,
Ora el curso de los astros;

Ora en sentidos poemas,
Que los siglos respetaron,
Expresa nobles afectos,
Traza pensamientos altos.

Y, venero de virtudes
Y de monarcas dechado,
Feliz el pueblo le aclama
De prosperidades vaso.

El cielo, sin duda, quiso
Premiar su mérito raro:
Del otoño de la vida
En los monótonos años;

Cuando para el hombre mueren
Toda ilusión, todo halago,
Y de la verdad terrible
Apura el cáliz amargo;

Vió los placeres más vivos
Del corazón renovados;
Del amor sintió la llama
Como en sus días tempranos.

De Matlalcihuáztin bella
El rostro lleno de encantos,
De su adhesión y su arrojo
Los inolvidables rasgos.

En el monarca sensible
Profunda impresión causaron;
Y, si antes iba con ella
A unirse en estrecho lazo

Para darse, en bien del pueblo,
Sucesor digno en el cargo
De regirlo, es ya su propia
Dicha el interés más caro.

Y así, pasados los días
De luto y bélico estrago,
Y en urna rica los restos
De los príncipes guardados;

De México y de Tacuba
Los dos monarcas llegaron
De nuevo, con la princesa
De Nezahualcóyotl faro.

Y, las tres cortes presentes,
En un salón del palacio,
Junto al fuego en limpia estera
Los contrayentes sentados,

Acércase el sacerdote
Y ata con sus propias manos
A un extremo del *huepilli*
La punta del regio manto.

Con él en torno del fuego
Dan siete vueltas entrambos,
Queman copal a los dioses
Y se hacen mutuos regalos.

Y, a la oración y el ayuno
Por tres días consagrados,
Al convite y los festejos
Salen los novios el cuarto.

El pueblo en calles y plazas
Se ejercita en juegos varios,
Ora los jóvenes corren
Por el arenoso estadio,

Y lánzanse unos a otros
Con fuerza el balón elástico,

Y a los voladores trepan;
O bien luchan brazo a brazo,

Y los apuestos guerreros,
En compañías formados,
De combates diferentes
Ensayan fiel simulacro.—

Del palacio de Texcuco
En los jardines, en tanto,
Sobre el césped, bajo el cielo
Que ilumina el sol de Mayo,

En banquete suntuoso
Para celebrar el fausto
Suceso, reyes y nobles
Aparecen congregados.

De plumas como el armiño
Tienen los novios penacho;
Los dos la corona ciñen
Con majestad y recato.

Un corpulento sabino
Dosel espléndido y vasto
Les forma con su ramaje,
En que gorjean los pájaros.

Cual cristalinas serpientes
Surcan arroyuelos mansos

La pradera, y ancho espejo
Parece el dormido lago.

Levanta al cielo su cima
Popocatépetl gallardo,
Pero su cráter humea,
De nueva erupción amago.

De aquel paisaje al aspecto,
Sus votos viendo colmados
Y en su presencia a los seres
De su corazón pedazos;

De las pasadas desdichas
Sintiendo tal vez el rastro,
O aquella vaga tristeza
Que nunca abandona al sabio,

Ordena Nezahualcóyotl
Que en dulce acordado canto
Los músicos estos versos
Repitan por él trazados:

«Duran placeres y honores
Que los humanos aguardan
Con avidez, lo que tardan
En marchitarse las flores.

«Somos fugitiva pluma
Que al viento menor se entrega,

Heno de la fértil vega,
Copo de frágil espuma.

«Pompa, cetro, dichas, gloria,
¡Ay! de vuestras vanidades
A las futuras edades
No queda ni la memoria!

«¿Qué obtiene con sus desvelos
Y afán el hombre en su nada?
¿Do está la tumba ignorada
De mis ilustres abuelos?

«Goce el ánima del día
Que alegre venga y dichoso;
Mas no en plácido reposo
Con la fortuna se engría.

«Vamos sólo de camino
Por esta quebrada sierra:
Nuestra posada es la tierra
Y el cielo nuestro destino.»

Cesa el cántico y, al lejos,
El eco remeda tardo
Del teponaxtli y las voces
Los graves concetos blandos.

Y es fama que el auditorio
de reyes y cortesanos

En quienes tristes ideas
Los versos ponen acaso;

De la reciente campaña
Los sucesos recordando,
Y al ver del Popocatépetl
El humo con sobresalto,

La vanidad de la vida
Y del placer lo instantáneo
Medir un punto pudieron
Con entendimiento claro;

Y la reflexión les hizo
El bien presente más grato,
Y, de miedo de su fuga,
Diéronse prisa a gozarlo.

También la historia nos dice
Que destas bodas al año,
La reina dió a luz un niño
Nezahualpili llamado;

Que fué del trono heredero,
De su padre fiel retrato,
Terror de los enemigos,
Ídolo de sus vasallos.